



Columna

Daniel Vercelli B,

cofundador y managing partner de Manuia
Consultora, director de empresas



Energía limpia

El 26 de enero, Día Internacional de la Energía Limpia, es un buen momento para decir una obviedad que a veces se nos olvida (pero que los acontecimientos globales cada tanto nos refriegan en la cara): la energía no es un tema técnico. Es poder, estabilidad y competitividad. Y si hacemos lo necesario, también puede ser tranquilidad doméstica.

Partamos por lo incómodo. El petróleo sigue siendo un “precio político” (pregúntenle a algunos cohabitantes de nuestra América). El Banco Mundial, en su *Commodity Markets Outlook* (octubre 2024), lo resumía sin eufemismos: el riesgo geopolítico es un motor crítico de la volatilidad del precio del petróleo.

La pregunta estratégica, entonces, no es si el barril sube o baja este trimestre. La interrogante es más simple y más dura: ¿cuánto de tu economía quieres dejar amarrado a mercados volátiles, decisiones de carteles, sanciones, guerras o susos financieros?

Aquí entra la buena noticia. Mientras los fósiles se comportan como montaña rusa, la energía limpia está entrando en su fase industrial. Según el *World Energy Investment 2024* de la Agencia Internacional de la Energía (IEA), la inversión energética global superó por primera vez los USD 3 billones en 2024 y, de eso, cerca de USD 2 billones fueron a “energía limpia”. Más todavía: el gasto en renovables, redes y almacenamiento ya es mayor que el gasto total en petróleo, gas y carbón. Dicho en castellano de barrio: la plata está haciendo bailar al monito de las energías limpias más que al monito de los fósiles.

Y no es solo dinero. También es costo. RMI (Rocky Mountain Institute) observó en 2025 que la energía limpia está

“más barata que nunca”, con una fuerte caída en el precio de módulos solares y baterías, en muchos casos acercándose a la paridad con alternativas fósiles.

Entonces, ¿por qué no estamos corriendo todos hacia el enchufe con una sonrisa? Porque el cuello de botella cambió. Antes era la tecnología. Ahora son las reglas y la infraestructura. La IEA, en *Renewables 2024*, estima al menos 1.650 GW de capacidad renovable en etapas avanzadas esperando conexión a la red. Es brutal: proyectos listos para generar, atrapados en la fila. Y el Foro Económico Mundial advierte que el avance existe, pero el “momentum” de la transición se ha frenado por temas de equidad (precios), y porque la seguridad energética sigue tensionada por riesgos geopolíticos.

América Latina, en este tablero, juega con ventaja natural... pero con freno institucional. Según la IEA, la inversión en energía limpia en la región creció cerca de 25% desde 2015 y llegó a USD 70 mil millones en 2025. Chile aparece entre los países que más empujan el aumento. Bien. Pero así como en el fútbol se gana con goles y no con dominio de la pelota necesariamente, el mundo no premia “potencial”; premia ejecución.

Nuestro país es el caso más interesante, precisamente porque ya probó que puede. El informe *Ciclo Crecer con Energía: Estrategia compartida para activar el potencial de Chile* (UAI-ICARE-SEDE) señala que la participación anual de generación solar y eólica pasó de menos de 3% en 2014 a cerca de 35% en 2024. Y agrega algo igual de importante: casi todos los proyectos en construcción o evaluación ambiental en 2025 son de esas tecnologías, o sea, la tendencia no es reversible en el corto plazo.